

fábula y la circula por todas partes. En cuanto á mi, creo, atenienses, que este hombre está embriagado con sus magníficas hazañas; creo que mil sueños brillantes acaricia en su imaginación, porque no vé ninguna barrera que lo detenga, y que está envanecido con sus triunfos. Pero yo os aseguro, por Júpiter, que no combina sus proyectos de modo que puedan ser penetrados por esos simples rebuscadores de noticias. Si, dejándoles sus desvarios, consideramos que Filipo es nuestro enemigo y nuestro espoliador; que desde hace mucho tiempo ultraja; que todos los socorros con que contábamos se han vuelto contra nosotros; que en adelante nuestros recursos están en nosotros solos; que negarnos ahora á llevar la guerra á su país equivaldria, infaliblemente, á imponernos la fatal necesidad de sostenerla á las puertas de Atenas; si consideramos, repito, todo esto como cierto, conoceremos cuanto importa saber, y podremos rechazar inverosímiles conjeturas. Vuestra obligación no consiste en penetrar hasta el fondo del porvenir, sino en ver las desgracias que este porvenir ocasionará si no sacudís vuestra vergonzosa desidia: esto es lo que conviene mirar de frente.

Por mi parte, yo que nunca he propuesto, por agradaros, nada que mi convicción haya creído contrario á vuestros intereses, hoy tambien acabo de esplicarme con libertad, con sencillez, con franqueza. ¡Dichoso si estuviese cierto de que es tan útil al orador el ofreceros los mejores consejos, como á vosotros el seguirlos! ¡Cuánto más dulce habria sido mi tarea! ¡Ignoro las consecuencias que me traerán los que os he dado; pero, no importa! Persuadido de que vuestro provecho está en seguirlos, no he vacilado en hablar. ¡Ojalá prevalezca la opinion que deba salvarnos á todos!

DISCURSO POR LA LIBERTAD DE LOS RODIOS.

Introduccion.

Se cree que las primeras proposiciones de Demóstenes contra Filipo no obtuvieron resultado. Mientras los atenienses no fueron personalmente atacados, apartaron la vista de los progresos del conquistador.

El año siguiente, segundo de la Olimpiada 107 y 351 antes de Jesucristo, el orador no emprendió de nuevo su lucha contra el Monarca sin haber abogado primero en favor de los de Rodas. Mediante el apoyo del rey de Persia y la presencia de una guarnicion enviada por la reina Artemisa, el partido oligárquico de esta poderosa isla, acababa de arrebatarse el mando á la democracia, y se entregaba sin freno á satisfacer su ambicion y su venganza. Los oprimidos acudieron á Atenas, su protectora natural, y reclamaron su apoyo.

El resultado del discurso que con este motivo pronunció Demóstenes para apoyarlos es desconocido. Segun Barteley, el pueblo de Rodas solicitó en vano el favor de los atenienses; pero el traductor alemán Jacobs y los demas que le precedieron, no se atreven á afirmar nada.

Discurso.

Creo, atenienses, que al discutir sobre tan graves asuntos, debeis conceder á los oradores una completa libertad. Por mi parte, siempre he creído difícil, no el demostraros el partido más ventajoso, pues me parece, sin que en esto

haya lisonja, que venís aquí conociéndolo de antemano, sino el determinaros á ejecutarlo. Se vé, en efecto, que despues de acordada una medida y redactado su decreto, estais tan lejos de realizarla como antes.

Uno de los sucesos por los cuales se debe, en mi opinion, dar gracias á los dioses, es el que nos ofrece un pueblo cuyo insolente orgullo le hizo armarse no há mucho contra vosotros, y que hoy funda en vosotros únicamente todas sus esperanzas de salvacion. Si; esta circunstancia debe complaceros, porque si adoptais la resolucion que aconseja, justificareis con sus gloriosos resultados á la República, de los reproches ofensivos de sus calumniadores. Bizancio y Rodas nos han acusado de tramar su ruina, y de aquí su coalicion reciente para hacernos la guerra. Se verá, pues, que el instigador, el jefe de la sedicion, ese Mausolo que se decia amigo de los rodios, les ha despojado de su libertad; que los pueblos de Chios y de Bizancio, sus aliados, no los han socorrido al verlos en la desgracia, y que vosotros solos, á quienes únicamente temian, habeis sido sus salvadores. Con este espectáculo presentado á la faz del mundo, enseñareis al partido democrático de cada República, á ver en vuestra amistad la garantía de su independencia. Pero vuestra mayor dicha consistiría en que obtendriais espontáneamente, en toda la Grecia, la aprobacion más unánime.

Me asombro de ver que, los mismos oradores que por favorecer á los egipcios aconsejaban á la República oponerse al rey de Persia, temen ahora á este mismo príncipe, cuando se trata del pueblo de Rodas. ¿Quién no sabe que este pueblo es griego y que Artajerjes cuenta el Egipto como una de sus provincias? Muchos de vosotros recordarán, sin duda, que en vuestras deliberaciones sobre las empresas del Rey, subí á la tribuna, hablé el primero, y solo, ó casi solo dije: «Obraríais con prudencia si en vez de fundar vuestro armamento en el ódio que el persa os

inspira, alegaríais como pretesto la necesidad de combatir á vuestros otros enemigos, disponiéndoo para rechazar á este en el caso de una tentativa injusta de su parte.» Tal fué mi dictámen, que aprobásteis y que recibió vuestra sancion. Pues bien, mi lenguaje de hoy, es una consecuencia del que empleé entonces. Cerca del Rey, y admitido á su consejo, le exhortaria, como os exhorto, á combatir por sus posesiones si los griegos le atacasen; pero tambien á no ambicionar nada absolutamente de lo que no le pertenece. Así, pues, ¿estais resueltos, ¡oh atenienses! á dejarle todo lo que haya podido avasallar por su diligencia ó por la seduccion de los jefes de algunas repúblicas? El resolver esto no seria, en mi juicio, nada generoso. ¿Pero no creéis en la necesidad de combatir por los derechos de los pueblos y de arrostrar por defenderlos, en caso necesario, los mayores peligros? Tanto menos obligados estareis á hacerlo, cuanto más firmemente lo hayais decidido; y sea de esto lo que quiera, habríais manifestado sentimientos conformes á vuestros deberes.

Para convenceros de que no hacemos nada nuevo, yo al daros el consejo de libertar á los ródios y vosotros al seguirlo, voy á recordaros una antigua empresa que os fué ventajosa. En otro tiempo enviásteis á Timoteo al socorro de Ariobarzanes, y vuestro decreto contenia esta cláusula: «No romperá el tratado convenido con el Rey.» Viendo el general, por una parte al Sátrapa en rebelion abierta contra su Soberano, y por la otra á Samos, ocupada por las tropas de Ciprothemis, colocado allí por Tigra-nes, lugarteniente del Monarca, renunció á sostener á Ariobarzanes, se aproximó á esta ciudad, la socorrió y la libertó. Hasta ahora, esta conducta no os ha ocasionado ninguna guerra. Esto consiste en que, para conquistar, no se combate nunca con tanto ardor como para defenderse. ¿Hay que reparar alguna pérdida? En seguida se reunen todas las fuerzas. ¿Se trata de engrandecerse? No se vuel-

ve á desplegar la misma intrepidez. El ambicioso prospera mientras nadie le detiene; pero al primer obstáculo que encuentra, recuerda que la agresion no procede de su adversario.

No creo que despues de haber intentado la libertad de los ródios, Atenas vea sus esfuerzos detenidos por Artemisa: escuchadme un momento, y juzgad si mis conjeturas son fundadas. Si el Rey terminase felizmente la campaña de Egipto, estoy persuadido de que Artemisa haría todo lo posible por ponerle en posesion de Rodas, no por buena voluntad, sino por el deseo de colocar este señalado servicio como un testimonio de afecto en el corazon de un vecino poderoso y de ganar sus simpatías. Pero, si como se dice ha fracasado su empresa, ella piensa que la isla, inútil en este caso al Monarca, amenazaría sus propios Estados, como una ciudadela, entorpeciendo todos sus movimientos. Me parece, pues, que la Reina preferiría cedérsola, siempre que la cesion quedase oculta, más bien que verla en poder de Artajerjes; y que, por consecuencia, no secundará los designios de este, ó le prestará á lo sumo un socorro débil é insignificante. En cuanto al Príncipe, sin duda que no puedo considerarme enterado de sus proyectos; pero ¿sabemos si se apropiará ó no, la ciudad de Rodas? Yo sostengo que interesa á la República ver esta cuestion resuelta; porque si ocupa la ciudad, no hay que tratar únicamente de la suerte de los ródios, sino tambien de la nuestra, y aun de los destinos de la Grecia entera.

Sin embargo, en el caso mismo de que los ródios, señores actuales de la ciudad, dispusieran de poder bastante, no os aconsejaría abrazar su causa, aun cuando prometiesen hacer por vosotros igual sacrificio; porque veo que, para destruir la democrácia, han comenzado por atraerse algunos ciudadanos, á los cuales han perseguido despues que la obra estuvo terminada. ¿Podría creer yo

que hombres infieles á entrambos partidos llegasen á ser vuestros seguros aliados?

No usaría este lenguaje si lo creyese solo útil al pueblo ródio, pues ningunos lazos públicos ni privados me unen á él; y aun, en el caso contrario, tampoco habría hablado si vuestro interés no me lo ordenase. Más diré aun: si fuese permitido cuando se trata de salvarlos, yo confesaría que me alegro con vosotros de que, por envidiaros vuestro bien, los ródios hayan perdido la libertad, y de que pudiendo obtener, en igualdad de condiciones, la alianza de Grecia y la de Atenas, tan superior á Rodas, obedezcan á los bárbaros, y sean esclavos de los esclavos que han recibido en sus fortalezas. Si, si estais dispuestos á socorrerlos, diré que casi son dichosos en su desgracia misma. Dudo que la prosperidad hubiese enseñado á los ródios la sabiduría; pero gracias á las lecciones de la experiencia, han visto el abismo en que la imprudencia precipita á los pueblos, y quizá, si la suerte lo permite, sean más cuerdos en el porvenir, lo cual será para ellos una ventaja no pequeña. Os estímulo, pues, á que trabajéis por sacarlos de la opresion, y á que penseis, dejando á un lado todo rencor político, que no creeríais merecer castigo porque más de una vez os hayan engañado consejeros pérfidos.

Recordad, tambien, que habeis sostenido una multitud de guerras contra los gobiernos democráticos y oligárquicos; bien lo sabeis todos. Pero los motivos que os han armado contra estos diferentes pueblos, es quizá el punto que ninguno de vosotros trata de profundizar. ¿Cuáles son, pues, estos motivos? Con las democracias habeis combatido por querellas particulares que el Estado no habia podido terminar, por una porcion de territorio, por causa de los limites, ó por la gloria y la preponderancia; con las oligárquias, ¡qué diferencia! por el mantenimiento de las leyes y la libertad. Así, pues, yo me atreveré á

decir que os convendría más tener por enemigos á todos los Estados populares de la Grecia, que á todos los otros por amigos. Os sería fácil hacer la paz, cuando quisiérais, con los pueblos libres, mientras que no podríais fiaros de la amistad de los gobiernos aristocráticos. ¿Puede haber jamás acuerdo y buena fé entre los individuos de una oligarquía y un pueblo soberano, entre la pasión de dominar y la igualdad cívica?

Me asombro de ver que ninguno de vosotros considera, que si Chios, Mitilena y casi toda la Grecia se sometiesen al yugo oligárquico, nuestro Gobierno recibiría un golpe terrible, y que si todos los pueblos adoptan este régimen, no es posible que dejen subsistir entre nosotros la democracia. Sí, persuadidos de que Atenas sola es capaz de restablecer la libertad, querrán destruir á Atenas, como á un enemigo cuyos golpes son temibles. De ordinario sucede que el ofensor es solo enemigo del ofendido; pero los que destruyen la democracia para elevar la oligarquía sobre sus ruinas, son hostiles á todos los amigos de la libertad. Por otra parte, atenienses, es justo que un pueblo libre como vosotros, abrigue, por las desgracias de todo pueblo libre, los mismos sentimientos que desearíais inspirarle, si, lo que no permitan los dioses, vuestra suerte se trocase en la suya. Vanamente se dirá que los ródios merecen su infortunio, y en todo caso, no sería esta la ocasión oportuna de alegrarnos. Es necesario mostrar siempre, en la prosperidad, una gran benevolencia con los desgraciados, puesto que nadie sabe lo que le tendrá reservado el porvenir.

Oigo repetir aquí frecuentemente, que en los desastres de nuestra democracia, los pueblos votaron por su conservación. Solo dirigiré á los Argivos una rápida mirada. Yo querría que Atenas, conocida porque tomó la defensa de todos los oprimidos, no apareciese vencida por Argos en generosidad; por este pueblo que no obstante ser vecino

de Esparta, á la cual veía dominando en la tierra y en los mares, manifestó sin miedo ni vacilación su simpatía hacia vosotros, y decretó que los diputados lacedemonios enviados, según se dice, para reclamar algunos de vuestros proscritos, serían tratados como enemigos si no se retiraban antes de la puesta del sol. ¡Qué vergüenza para vosotros, oh mis conciudadanos! Si mientras que el pueblo argivo no temió el poder lacedemonio en tiempo de su mayor grandeza, vosotros, hijos de Atenas, tembláseis ante un bárbaro, ó más bien ante una mujer. Sin embargo, los argivos habrían podido excusarse, con los numerosos reveses que les habían hecho sufrir los espartanos; pero vosotros, vencedores frecuentemente del Gran Rey, vosotros no habéis sido derrotados ni una sola vez por sus esclavos ni por él mismo. Sus ventajas pasajeras sobre Atenas no las debió más que á su oro, que le proporcionó traidores entre los más pérfidos de los helenos. ¡Estéril victoria! Porque al mismo tiempo que este Príncipe debilitaba nuestra República bajo los golpes de Lacedemonia, él era casi destronado por Clearco y por Ciro. Solo venció con el fraude, y el fraude ocasionó su ruina. Veo á muchos de vosotros despreciar á Filipo como á un adversario indigno de vuestro odio, y temer á Artajerjes como á un enemigo fuerte y peligroso. Pero si despreciamos al uno por muy débil, y lo cedemos todo al otro por muy temible, ¿contra quién, atenienses, empuñaremos las armas?

Hay aquí oradores muy ardientes, que sostienen ante vosotros los derechos de los demás pueblos: tengo una palabra que advertirles, una sola palabra. Que procuren defender cerca de los otros pueblos los derechos de Atenas, á fin de dar ejemplo de una alta imparcialidad. No está bien que venga á daros lecciones de equidad el que no la practica por sí mismo; y yo creo que hay injusticia en la conducta del ciudadano que está siempre dispuesto á acusaros y jamás á defenderos. Por el cielo os pido

que considereis bien esto: ¿por qué en Bizancio nadie querría aconsejar al pueblo que no se apoderase de Calcedonia, que pertenecía á vosotros antes de ser del rey de Persia, y sobre la cual los bizantinos no tienen ningun derecho; que no hiciese tributaria á Selymbria, ciudad que otras veces era nuestra aliada, y que no redujese su territorio, faltando á los juramentos y á los tratados que declaran á estas dos ciudades independientes? ¿Por qué nadie ha aconsejado á Mausolo cuando vivia, y despues de su muerte á Artemisa, no someter á Cos, Rodas y otras ciudades griegas, que el Gran Rey, de quien estos Principes dependen, cedió á los helenos segun consta en los tratados, y por las cuales los helenos han desafiado otras veces numerosos peligros y sostenido gloriosos combates? Que se atreva alguien á proponer esto ante la Reina y los bizantinos, y probablemente no encontrará un auditorio muy dócil.

Por mi parte, creo justo restablecer la democrácia ródia; y aunque no lo fuese, la conducta de los otros pueblos me impondria el deber de aconsejar este restablecimiento. ¿Sabeis por qué? Porque si todos ¡oh atenienses! fuesen íntegros observadores del derecho, sería vergonzoso apartarnos solos de su senda; pero toda vez que la política universal no es otra cosa que el arte de ser injusto impunemente, el ser los únicos que alegan la equidad para no emprender nada, deja de ser justicia para convertirse en cobardía. En todas partes la estension de los derechos se mide por la magnitud de la fuerza, de lo cual puedo presentaros una prueba muy conocida. Existen dos tratados entre los helenos y el Rey: el uno, obra de nuestra República, es generalmente celebrado; el otro, hecho por los lacedemonios, es generalmente reprobado. El límite del derecho no es el mismo en estos dos convenios. Esto consiste en que las leyes en una República, llaman á la participacion de los mismos derechos á los grandes y

á los pequeños, como sucede en el derecho público de la Grecia, en que el más fuerte cede una parte al más débil. Así, puesto que estais determinados á obrar en nombre del derecho, es necesario conseguir los medios de establecerlo; pero solo habreis logrado esto, cuando todos los pueblos vean en vosotros los defensores de su independencia.

No me sorprende de que os cueste tanto trabajo el hacer lo que debeis. Los demas pueblos solo tienen que combatir con enemigos declarados, y despues de haber vencido, nadie les impide gozar de sus victorias. Pero vosotros ¡oh atenienses! ademas de este combate, comun á todos, teneis que sostener antes otro más encarnizado. Es necesario que triunfeis en vuestras deliberaciones, de los ciudadanos que por sistema atacan los intereses de la República, pues como nada útil puede efectuarse sin esta lucha, es menester terminarla para que no fracasen necesariamente muchas empresas. Si tantos atenienses han seguido en la administracion esta conducta, sin duda que el oro de quien los corrompia ha sido la principal causa; pero tambien vuestro oro puede inducir á la inmoralidad. Vosotros, atenienses, habeis debido establecer en el orden político la misma disciplina que haceis observar en el ejército. En este, deshonorais, privais de todos los derechos cívicos al soldado que abandona el puesto designado por el general. Pues bien, que el ciudadano desertor del cargo político establecido por nuestros abuelos, que el fautor de la oligárquia pierda el honor de aconsejaros. Pero lejos de proceder así, vosotros, que medís la adhesion de vuestros aliados, por sus juramentos de no tener más enemigos ni más amigos que los vuestros; vosotros, repito, creéis en la completa lealtad de los oradores influyentes, que sabeis de cierto que están vendidos á los enemigos del Estado.

Despues de todo, la acusacion contra estos hombres, la censura contra vosotros mismos, no son difíciles de justi-

ficar; pero lo que conviene decir y lo que conviene hacer para reformar los abusos reinantes, es lo único digno de una investigacion laboriosa. Quizá no ha llegado el momento oportuno de decirlo todo; pero si pudiéseis confirmar vuestras resoluciones con alguna empresa útil, todo obtendria despues mejoras sucesivas. Opino, pues, porque tomeis con energia la defensa de los ródios; porque os conduzcais de una manera digna de Atenas. Observo que oís con placer el elogio de vuestros antepasados y que contemplais con gozo sus hazañas y sus trofeos. Pero pensad que han erigido estos trofeos para inspiraros, no una admiracion estéril, sino el deseo de imitar las virtudes de los héroes.

SEGUNDA FILÍPICA Ó PRIMERA OLINTIANA.

Introduccion.

Despues que con un reposo fingido de dos años engañó Filipo á los griegos, volvió á tomar las armas y obtuvo algunas ventajas en las costas de Laconia; tomó la ciudad de Pharos á los tesalios, hizo un desembarco en la Eubea, de cuyo punto fué rechazado por Focion, y para reparar este revés, se dirigió al Helesponto, donde se apoderó de los fuertes de Gera, Stagira, patria de Aristóteles, de Miciberna y de Torone. Para acabar de cubrir sus fronteras, solo le faltaba ocupar á Olinto.

Amenazada de un sitio por Filipo, esta ciudad envió una embajada á pedir socorro á los atenienses. Ocurrió esto el año 348 antes de Jesucristo, ó sea el cuarto de la Olimpiada 107. Es de presumir que en esta importante ocasion se pronunciasen numerosos discursos. Démades rechazó con todas sus fuerzas la peticion de los embajadores de Olinto, y mas de una vez, Demóstenes, aunque no le nombra, se ocupa de refutarle.

Discurso.

Si los dioses os han dispensado mil veces su bondad, ¡oh atenienses! hoy más que nunca os la manifiestan. Que Filipo haya vuelto contra él las armas de un pueblo limítrofe, temible por su poder, y lo que es más importante aun, que está convencido de que en esta guerra, toda reconciliacion con el Monarca sería un perjurio y una ruina para la patria, son cosas que llevan el sello de una divina